

# SÉNECA, EN EL DESTIERRO DE CÓRCEGA <sup>(1)</sup>

Por LORENZO RIBER

## II Y ULTIMO

**Y** comienza Séneca a consolar a su madre Helvia, profundamente afectada por el destierro de su carísimo Lucio Anneo, con el bálsamo fuerte macerado en los rígidos preceptos de la sabiduría estoica. Y le dice:

«El destierro no es ninguna pena; es un simple accidente de la movilidad humana. Nada continúa en el mismo lugar donde nació. No quiso el hado que subsistiera inalterable la fortuna de nadie. El desterrado se lleva al destierro sus personales virtudes. El mundo todo es nuestra patria. Somos ciudadanos del universo. No hay en el orbe toda una pulgada de tierra que sea ajena al hombre. En dondequiera que estuviéremos, nuestra mirada se eleva al cielo de igual distancia. Intervalo igual separa lo divino de lo humano. ¿Qué importa el suelo que se huella? ¿Qué importa el polvo que se pisa? Estrecho y ruin es el ánimo que se limita a lo terreno. Baja y angosta es su cabaña de Córcega, pero en ella se hospedan y caben con holgura las más altas virtudes. En la cabaña de Baucis y de Filemón, con sólo inclinar un poco su frente, pudo tener cabida Júpiter, que mezcla su cabeza con los astros. Con el noble cortejo de todas las virtudes, ¿qué destierro pudo parecer penoso? Para lo estrictamente necesario para la vida, el destierro da lo suficiente de sí. Es para lo superfluo que

---

(1) Vide núm. 23, noviembre 1942.

no hay reino que baste. La riqueza está en el alma. Y el alma es sagrada, eterna, inviolable, y nadie puede echar sus manos en ella. Envidiable es el varón que sabe ser mísero con entereza. Si cae un hombre grande, yace grande.» Quiero poner en la propia y eficacísima expresión una de las más felices de Séneca, esta robusta sentencia, acuñada en magníficas palabras de oro:

SI MAGNUS VIR CECIDIT, MAGNUS IACUIT

La caída de los hombres grandes, la ruina de los hombres grandes es como la ruina de los sagrados templos que merecen tanta o mayor veneración derrocados como cuando estuvieron en pie.

*Mujer fuerte, ¿quién la hallará?*, pregunta el sabio en el sagrado libro de *Los Proverbios*. La española Helvia es una de estas mujeres fuertes, como el cristianismo más tarde las había de crear. La española Helvia es la perfecta casada de nuestra sociedad hispanorromana. ¿Y no parece de alguna de las grandes mujeres de la cristiandad primitiva, tales como las quería Tertuliano, tales como las calificaba San Jerónimo, tales como San Juan Crisóstomo las elevaba al cielo, tales como las figuraba San Agustín en la persona de su madre Mónica, este retrato enérgico que con el generoso pincel de Tito Livio, que tiene una dorada majestad ticianesca, traza nuestro Séneca a la mayor gloria de su madre?

«Educada en una familia antigua y severa, jamás te rubricaste de tu fecundidad, como si tu edad la desaprobase. Jamás, contra el ejemplo de las otras mujeres, que no procuran más mérito que el de su lindeza física, jamás tú disimulaste tus preñados, como si fueran un peso indecente, ni ahogaste en tus entrañas las esperanzas concebidas ni el incipiente fruto cierto. Jamás profanaste tu rostro con afeites ni aderezos; jamás te complaciste el vestido procaz compuesto con sabia malicia para mostrar la desnudez pecaminosa. Tu arreo único fué el más hermoso de todos, a quel a quien ninguna edad hace ultraje, el atavío más rico y grave de la mujer: el pudor.»

Asimilable nuestra Helvia a las grandes mujeres antiguas, cu-

ya virtud conspicua las colocó entre los varones más grandes, dícele su hijo que se debe mantener tan lejos de los lloriqueos femeniles como lo estuvo de los vicios específicamente femeninos.

Pero ¿cómo era posible que Helvia pudiera soportar la soledad del hijo dulcísimo en quien acostumbraba deponer sus cuitas, por cuyos estudios criados a la sombra, como violetas frágiles (*Studia in umbra educata*, habrá de decir Tácito con frase enérgica y veraz y fuertemente colorida), mostraba ella un interés no propio de una mujer?

Al combatir con esta tribulación, Helvia combatía con un enemigo conocido y ya vencido con anterioridad, si bien era difícil restañar la sangre que le manaba, no de un cuerpo intacto, sino de cicatrices abiertas de nuevo. Séneca le recomienda acogerse al consuelo de la filosofía, que era la fuente consoladora de los romanos austeros y enteros como Boecio, el postrero de ellos, sumido en el destierro de Papia. Los estudios liberales fueron el refugio de las almas doloridas de aquel tiempo, como lo serán para los espíritus atribulados de todos los tiempos. Séneca lamenta que la severidad insobornable de su padre, su antigua rigidez romana, su verticalismo catoniano no hubiera permitido a su esposa una formación sólida, sino sólo una libación fugitiva y con los primeros labios:

«Ojalá mi padre, el mejor de los hombres, esclavo en demasía de los usos de su mayores, te hubiera consentido una completa saturación de los preceptos de los sabios y no solamente una iniciación somera; si bien, gracias a tu talento instantáneo y rapacísimo, bebiste del raudal más de lo que era de esperar en aquellos tiempos. Por culpa de aquellas mujeres que buscan en las letras, más que un recurso de sabiduría, un instrumento de corrupción, mi padre no quiso darte más ensanches y soltura. Ahora, empero, sumida en la desgracia, vuelve a las letras con renovado brío, puesto que eres reina de tu soledad...»

Asomémonos ahora con Séneca a la intimidad de un hogar hispanorromano. Sin salir de él, en su recinto apacible, en su at-

mósfera acogedora, Helvia encontrará dulces motivos de consuelo.

«Mira —le dice Séneca a su madre—; mira a mis dos hermanos; siendo ellos salvos, no te es lícito, madre mía, acusar de cruel a la fortuna; en el uno y en el otro hallarás sabrosas compensaciones y complacencia exquisita en sus respectivas virtudes. El uno, con su talento, granjeó honores; el otro, sabiamente, los menospreció. Gózate en las dignidades del uno; gózate en el retiro del otro, y del uno y del otro goza la finísima piedad. El uno quiso preeminencias para que fuesen ornamento tuyo; el otro, para consagrarse por entero a ti, se acogió al seguro puerto y a la vida tranquila. De la aguda añoranza de un hijo sólo ¿no te consolará la delicada piedad de dos?

De mis hermanos, levanta la vista a tus nietos; mira a mi Marco, encanto de niño, a cuya vista no hay tristeza que pueda durar; no hay herida tan grande, no hay herida tan cruel en pecho ninguno que no puedan cerrar sus besos frescos. ¿Qué lágrimas no secará su alegría purísima? ¿Qué entrecejo sombrío no serenará su bulliciosa travesura? ¿Qué preocupación terca, hincada como un clavo, no disipará su deliciosa media lengua? Yo ruego a los dioses que me le conserven sobreviviente. Caiga enhorabuena, de puro cansancio, encima de mí, toda la crueldad de los hados. Todos los dolores de su madre caigan sobre mí. Todos los dolores de su abuela caigan sobre mí. Sea yo sólo la víctima expiatoria de mi casa, si conmigo ha de terminar toda causa de dolor. Asienta en tus rodillas, aprieta contra tu pecho a Novatila, que pronto te dará biznietos. La fortuna le quitó a su madre. Tu cariño melífero puede conseguir que la niña se duela de la pérdida de su madre, pero que no la sienta. Pon tu compostura en sus costumbres; pon tu modestia en su belleza. Muy profundamente calan los preceptos cuando se imprimen en edades tiernas. Acrécese Novatila a tu conversación. Fórmese Novatila según tu dechado. Muy mucho le darás a Novatila aun cuando no le dieres más que el ejemplo. Este indeclinable deber tuyo te servirá de remedio y de lenitivo.»

¡No parecen estos consejos aquellos mismos consejos que desde su soledad eremítica, San Jerónimo, el león de Belén, en cuyo pecho pugnaz había la simiente del fuego y en cuya boca había el panal dulcísimo del enigma de Sansón: *Mel in ore*, escribía a su amiga romana Leta, acerca de la educación de su hijo? ¡Y qué más podrá añadir Fenelón en su *Education des filles*, tan llena de delicadas intuiciones?

Y para terminar su impresionante consolación, Séneca, con el pincel grandioso con que los grandes pintores del Renacimiento representaban a las grandes mujeres de la clásica antigüedad, traza la figura de una española anónima, a saber, de una tía suya materna, hembra digna de colocarse entre los héroes de Plutarco, y, sin duda, una de las primeras de nuestras *Claras Mujeres*, en cuyos loores nuestro biógrafo cuatrocentista debiera haber mojado su pluma:

«Hasta aquí he callado lo que debe ser tu consuelo máximo: tu hermana, aquel pecho finísimo al cual se transfieren todas tus cuitas indivisamente. Con ella mezclaste tus lágrimas, confundiste con ella tu aliento. Esta es, madre carísima, el consuelo que te restaurará; únete con ella en cuanto puedas; abalánzate toda en sus estrechísimos abrazos; naufraga toda en el mar de su dulcísima ternura. En ella hallarás, o el acabamiento o la compañía de tu dolor. Ella no consentirá que la pena baldía te consuma; ella te citará su propio ejemplo, del cual yo tuve la suerte de ser testigo. Ella había perdido a su esposo carísimo, nuestro tío, con el cual se había desposado doncella aún, en una navegación azarosa. Y con todo, ella, a una, pudo soportar el dolor y desafiar el miedo; ella, vencedora de la tempestad; ella, náufraga heroica, se abrazó con el cadáver de su marido y lo llevó a la orilla. ¡Oh, cuántas hazañas egregias de mujeres yacen en la oscuridad! Si ella alcanzara a vivir en aquellas edades antiguas, cuya simplicidad sabía admirar las virtudes simples, ¡cómo los genios se disputarían en competencia la gloria de celebrar a una esposa que, olvidada de su flaqueza mujeril, olvidando el mar tan temeroso aun para los más intrépidos, entrega, sublime

de amor ciego, su cabeza a los peligros, por ganar una sepultura, y absorta toda en los funerales de su esposo, no piensa en sus propios funerales. Los cantos de todos los poetas han inmortalizado el hecho de aquella mujer que se ofreció a la muerte en lugar de su esposo. No obstante, es más hazañosa gesta la de buscar un sepulcro para el consorte, con riesgo de la propia vida. Mucho más grande es el amor, cuando, a trueque de peligro igual, es bastante menos lo que rescata.»

¡Cómo suenan bien, en su noble calidad metálica, estas recias y sanas enseñanzas de nuestro Lucio Anneo Séneca, predicador de verdades fuertes, en esta hora solemne de España!